

Vigésimo Noveno



Edición pdf cortesía de *La zorra y las uvas*

24 de abril de 2019

Versión 1.1/190602

Lo primero que hizo fue poner en hora su reloj; eran las 16:29 y ocho segundos. Aún estaba confuso, pero supo que era la hora correcta. Mejor dicho, la hora habitual. Eran cosas distintas, se recordó, que no convenía mezclar.

El autobús llegó a la hora habitual. Aunque estaba casi vacío, se llenaría en esa parada. Subió y pagó rápidamente, sin prestar atención, y empezó a contar.

Uno, dos, tres, cuatro... cinco, seis... No contaba al señor de traje que mordisqueaba una empanada, ni a las abuelas que cotorreaban sobre el periódico, ni a la niña con la mochila del colegio.

Doce, trece... catorce, quince, dieciséis... Sólo a los tipos con sombrero de ala ancha, gafas de sol y bufanda sobre la boca, o gabardina y melena, cuyos rostros apenas se distinguían. Ah, y los asientos libres, por supuesto.

Veinticinco... veintiséis, veintisiete... y dos asientos libres al fondo hacían veintinueve. Entonces no se había equivocado. Se sentó en uno de ellos.

Volvió a mirar el reloj. A las cuatro y media y medio minuto exactamente, el semáforo se puso en verde. Dos segundos después el bus arrancó, en dirección a la plaza del General Villanueva. Se aburría, y por unos momentos se permitió comprobar que todos los asistentes estaban allí.

Una fila por delante estaba el hippie, con un pañuelo palestino y unas patillas que no se veían desde los años 70. Un poco más allá, pegado a la ventanilla, el ciego, con sus gafas negras y bastón. Y aunque le era difícil verlos a todos, porque él mismo llevaba gafas de culo de botella y un bigote postizo, comprobó que todos estaban en el lugar correcto. En el lugar habitual.

Dobló la última esquina a las 16:34:55, aunque esta vez no se molestó en comprobarlo con el reloj, y un joven se levantó para hablar con el conductor. No oía bien lo que decían. 16:35, 1, 2, 3...

-¡Es una urgencia! 5, 6,

-Espérate un momento, hijo, que hay una parada ahí al lado. 11,

-No lo entiende, ¡Es un asunto de vida o muerte! ¡Tengo que bajarme! 15, 16,

-¡Es un minuto, por Dios! ¡Que no puedo bajar a todo el mundo donde les dé la gana, coño! 21, 22,

A una manzana de la plaza, el autobús se detuvo en un semáforo en rojo a las 16:35:23, y el muchacho decidió entonces abrir la puerta por la fuerza. No tuvo éxito, y en seguida el conductor se vio en la obligación de reducirlo. El pobre chico alcanzó a ver el reloj del interior del bus, que marcaba las 16:37 porque adelantaba 107 segundos, y dejó de oponer resistencia. 16:35:38

El conductor le dijo que volviera a su sitio y luego él hizo lo mismo. El semáforo volvió a cambiar a las 16:35:59, y el bus se dirigió sin más incidentes a la plaza.

La glorieta medía unos 15 metros de diámetro, y tenía salidas en 5 direcciones distintas. La avenida en la que se encontraba el autobús era la más ancha, y se dividía en dos en aquel lugar. Intentó fijar la vista en la calle que quedaba a la izquierda, pero no podía: tenía los ojos empañados de lágrimas. En realidad no importaba; prefería no tener que ver el resto.

A las 16:36:07, se distinguían ya los coches al final de la calle, que esperaban a que su semáforo se pusiera en verde, y a las 16:36:12, también a los peatones cruzando. 13, 14, 15, decía en silencio su reloj, que como medida de precaución alejó de sí apoyando el brazo en el asiento de delante, 16, 17...

Un individuo de edad avanzada se dispuso a cruzar el paso de cebra paralelo a la avenida. 18, 19, decía el reloj del autobús también, aunque con otras cifras, 20, 21, y le coreaban todos los demás, todos los relojes del mundo. Nunca supo por qué se paró justo a las 16:36:22, en mitad del cruce, mirando como si estuviera perdido.

23, 24, y las luces cambiaron otra vez de color. Todo sucedió muy rápido. El automóvil que tenía delante el anciano, por algún motivo no le vio, y arrancó inmediatamente. El tiempo de reacción de una persona es de aproximadamente un segundo, y si había pisado el acelerador a los 25 segundos, sólo a los 26 observó que el viejo seguía ahí. Era tarde para frenar y evitar cualquier percance serio, y el coche acertó a virar justo a tiempo (16:36:27) para no llevárselo por delante, pero en la dirección equivocada. El camión que pasaba por la glorieta fue, cuando el segundero marcaba 28, lo último que vio.

Como campanadas que tocan a difuntos, el sonido de bocinas, cristales rotos, y luego murmullos, señalaron la hora fatídica, imposible e inevitable: las cuatro de la tarde, treinta y seis minutos, y veintinueve segundos, ni uno más, ni uno menos.

Justo entonces, el autobús había llegado a su parada, y dos o tres pasajeros se bajaron a toda prisa. Uno de ellos atravesó como una exhalación el bulevar para alcanzar al anciano, pero no lo consiguió. Éste había avanzado hasta el otro lado de la calle, desde donde observaba la escena con horror y perplejidad. En la misma esquina había una comisaría de policía, y uno de los hombres que custodiaba la entrada le sujetó y le hizo entrar, mientras los demás se ocupaban del tráfico y recuperaban el cuerpo.

Él se había bajado del bus, como casi todos los demás, y no pudo evitar mirar cómo la sacaban, cubierta de sangre. Era una chica joven, y pensó que era la más guapa que había visto en su vida. La colocaron en una camilla y llamaron a una ambulancia, que llegaría en seguida, pero no serviría de nada.

La gente empezó a acercarse para verlo mejor, y él decidió que era el momento de largarse de allí. Se alejó por la calle perpendicular, hacia la derecha, y recorrió dos manzanas más antes de tomar un callejón menos concurrido, y se detuvo en frente de unas obras. Se aseguró de que nadie lo estuviera mirando, y tiró a la zanja un pequeño paquete envuelto en una bolsa de plástico. Echó encima tierra suficiente para cubrirlo, y se marchó.

Miró su reloj por última vez: eran las 16:41. No sabía qué hacer, así que simplemente siguió andando sin rumbo. Lo último que recordó fue chocar con alguien, que le increpó:

-¡Mira por dónde vas!

Se dió la vuelta, pero no había nadie. Era como si se le hubiera tragado la tierra. Refunfuñando, siguió andando, porque aunque no tenía la menor idea de qué hora era, estaba seguro de que llegaba tarde. El reloj de un escaparate marcaba las cinco menos cuarto. Había quedado con ella a y cuarto, sabiendo que seguramente no estaría allí a tiempo. Qué curioso, pensó, la calle sin coches a esa hora. Algún idiota estaría bloqueando la entrada.

Todo era por culpa de su trabajo. Él trabajaba por las mañanas, y ella, por las tardes, de tal forma que sólo podían estar juntos durante una hora escasa. Él intentaba escaparse antes, pero en el fondo, sabía que no podría llegar a y cuarto, y que estaba siendo un egoísta. Si había tenido que esperarle media hora, estaría hecha una hidra, y además con razón. Pero si le hubiera dicho la verdad, ella no habría querido verle hasta el fin de semana.

Llegó a la plaza, y resultó que era un accidente el que había detenido el tráfico. El coche en cuestión había quedado destrozado, con el morro chafado, como si fuera de mantequilla, y ningún cristal intacto. Desde luego, se dijo, había gente que no sabía conducir con cuidado. La ambulancia había llegado, y se llevaron a la víctima en una camilla. Iba a marcharse, pero entonces, al subirla a la furgoneta, le vio un instante la cara. Y de pronto la idea más descabellada le vino a la cabeza.

Cuando quiso darse cuenta estaba corriendo en medio de los demás coches, y al alcanzar la ambulancia cayó en que el coche accidentado era del mismo color que el de ella. El conductor dijo que no podía entrar, pero su compañero no estaba de acuerdo, y se puso a discutir con él.

Entonces alguien en la parte de atrás debió decir algo que él no oyó, y los dos se miraron de cierta forma. Y luego le miraron a él, y no hizo falta más.

Los siguientes días fueron los peores. No comía, no hablaba, y no quería ver a nadie, y menos escucharles, porque qué le iban a explicar a él. Ya sabía por qué había pasado, era culpa suya, y por más que una parte de su mente y gran parte de su familia se enpenara en encontrar excusas, nunca le convencieron.

Le explicaron que la policía había detenido al culpable, pero acto seguido se había escapado. No le interesaba. Tenían una foto del hombre en cuestión, de modo que encontrarle sólo sería cuestión de tiempo. Pero pasaron los días, y luego las semanas y los meses. Nada de nada.

Para entonces se había aficionado a la bebida, que, según decían algunos, ayudaba a olvidar. Esos algunos, desde luego, no tenían idea de lo que estaban hablando. Lo único que hacía era recordártelo, con amargura, al día siguiente.

Fue uno de esos días precisamente, cuando se levantó con jaqueca, el día en el que se le ocurrió todo. Era 29, observó con curiosidad en el calendario, lo cual era agradable, porque en ese día solían ingresarle el paro. Pero el 29 estaba marcado en rojo, y no era el color del dinero. ¿Por qué, entonces? Con dificultad, lo averiguó. Había pasado un año, 365 días enteros desde el accidente, y por algún siniestro motivo alguien quería recordarle el aniversario.

Sin darle mayor importancia, bajó a buscar el correo, y el portero le entregó dos sobres y una mirada entre el desprecio y la lástima. Uno de ellos era, en efecto, el dinero del paro. El otro era un sobre de correos dirigido a su nombre, pero sin remitente. Dentro sólo había un panfleto, que bisectó y dejó arrugado sobre la mesa de la cocina.

Sólo quedaba un dedo de ginebra en la botella, pero estimó que sería de imperiosa necesidad para planificar el resto de la jornada, y lo vació de un trago. E, inexplicablemente, pensó de nuevo en ella. Todavía la quería. Y estaba seguro de que siempre la querría. Miró al vacío, pero sus ojos se detuvieron en una mitad de la carta. Decía:

PASATIEMPOS ©

La máquina del tiempo ha llegado...

¡Y ESTÁ A MITAD DE PRECIO!

Para revivir la historia y adelantarse al futuro

acceso anticipado a su último proyecto

precisión garantizada del

sólo quince días

Había oído algo al respecto, sí. Si se tratara de cualquier otra cosa no le habría importado lo más mínimo: había que ser muy iluso para meter dinero en esa suerte de empréstitos, y a él precisamente no le sobraba. Pero una súbita lucidez, quizás debida al etanol, le iluminó.

Por más que lo intentara, nunca podría olvidarla, pensó. Y se pasaría el resto de sus días maquinando cómo podría haber evitado su muerte. Sus ingresos, los dilapidaría en la bebida, y su juventud, en atos de dudosa legalidad.

Recompuso el papel, y lo leyó varias veces.

PASATIEMPOS ©

La máquina del tiempo ha llegado...

¡Y ESTÁ A MITAD DE PRECIO!

Para revivir la historia y adelantarse al futuro, PASATIEMPOS S.A. ofrece el acceso anticipado a su último proyecto. Rango temporal de veinte siglos, precisión garantizada del 0.0002%, y envío internacional tras la fabricación en sólo quince días, ¡sólo por 350\$*!

Tecnología milenaria, sólo ofrecida por

PASATIEMPOS S.A.

orgullosos constructores de bujías de Lorentz-Zhung desde 289 A.C.

*Oferta válida sólo hasta el 29 de noviembre de 1990

Horas después, estaba en las oficinas de Pasatiempos S.A., donde le atendió una señorita muy elegante, con cara de abogada estirada.

-Quiero uno de esos pasatiempos, ¡de inmediato!- rugió, expulsando su aliento maloliente por todas partes.

-Por supuesto, señor, pero, sabe que lo que ofrecemos es un pedido anticipado, ¿verdad? La cadena de montaje se inaugura hoy, pero el proceso de calibración...

-Sí, sí, ¡sí! Ya lo sé, lo que quiero decir es... bueno, que, que me dé el papel, ¿dónde hay que firmar?

El papel no era muy extenso, y la mayoría era palabrería técnica. En "periodo de acoplamiento" seleccionó "30 minutos": no sabía muy bien lo que era, pero era la opción más barata. En "destino", escribió: "16:15 29/11/1989", y sin querer, una lágrima le obligó a escribirlo otra vez. Esta vez, se dijo, llegaría a tiempo.

-Antes de que firme, señor, tengo que explicarle, por motivos legales, que Pasatiempos S.A. no se hace responsable del uso indebido de sus productos. El universo es un espacio de Minkowski de cuatro dimensiones, y el tiempo es sólo una de ellas. Por tanto, igual que dos objetos no pueden ocupar el mismo lugar, sólo un suceso puede ocupar el mismo momento de la historia. El pasado y el futuro son, según el teorema de Zhung, únicos e inmutables. ¿Lo ha entendido?

-Sí, sí, por supuesto.

Recordaba haber oído eso antes, cuando salió en los periódicos. Algo sobre "implicaciones filosóficas devastadoras", y "bla, bla, bla". Desde luego, no necesitaba que le contaran como funcionaba una máquina del tiempo: ya había visto suficientes películas. Firmó con energía, pagó, y la señorita anotó su dirección. Y sólo entonces se le ocurrió preguntar:

-¿Y cuánto tardará en llegar?

-En cuanto esté fabricado y calibrado, por supuesto.

-Pero, ¿cuánto tiempo será eso?

-Bueno, señor, comprenderá que el pasatiempos © es la máquina más compleja que existe. Sólo para calibrarlo, pueden necesitarse meses, pero...

-¡¿Meses?!

-...pero si la entrega se demora más de 30 años, Pasatiempos S.A. le devolverá su dinero.

-¿Cómo? ¡No pueden hacer eso! ¡Tiene que ser ilegal!

-Me temo que esta cláusula estaba en el documento que usted acaba de firmar. Si desea poner una demanda, la comisaría más próxima se encuentra a mano izquierda, tres manzanas más abajo. Si desea pedir más pasatiempos ©, puede ordenar 3 por el precio de 2, y si desea rescindir su pedido, bueno, me temo que no es posible, señor.

Por unos segundos, se debatió entre recuperar el papel a puñetazo limpio, o gastarse lo poco que le quedaba del desempleo en gasolina y cerillas, y obsequiar con ellas a Pasatiempos SA. Finalmente, como no tenía valor para hacer nada de eso, se volvió a su casa con el rabo entre las piernas.

Si al menos hubiera alguna forma de enviarse el cacharro a sí mismo cuando por fin llegara, para tenerlo ahora... Primero pensó en hacerlo por correo, pero no serviría. El pasatiempos sólo podía enviarle a 1989, y ya le habría llegado. Pero a lo mejor podía dejarlo en alguna parte de la casa. Seguro que había alguna caja de zapatos vieja, o algún rincón debajo de los muebles que llevara un año sin tocarse.

Después de desvalijar la mitad de su piso, detrás de una enciclopedia, encontró un paquete de cartón, algo más grande que una taza. No podría explicar por qué, pero en cuanto se fijó en ella, supo que... que llevaba siglos sin abrir un libro. El pasatiempos era en realidad muy parecido a una lata de tomates, sólo que más pesada. En una de las tapas había un botón rojo y varios relojes. Uno marcaba la hora, como los normales, otro el día y el mes, y otro el año. Los tres funcionaban correctamente.

En el paquete no venía ningún tipo de instrucciones. Maldijo a Pasatiempos SA, pero no pudo evitar reírse también: había conseguido ahorrarse nada menos que treinta años. No había mucho más que pensar. Cogió un abrigo donde pudiera llevar el pasatiempos en un bolsillo, y apretó el botón con todas sus fuerzas.

Durante algunos segundos sólo supo que estaba confundido, como un bebé recién nacido, sin consciencia de dónde estaba o qué estaba pasando. Luego apreció con algo de dificultad que estaba en la calle, en la puerta de su casa, y que el sol estaba más alto en el cielo de lo que debería. Miró su reloj, y luego el de la farmacia, y supo que lo había conseguido.

El estupor se desvaneció, poco a poco, y decidió tomar el autobús, que sin duda sería lo más rápido para llegar al lugar del accidente. Todo el viaje lo pasó mirando por la ventana, absorto, comprobando que la tienda de moda que acababa de abrir todavía era una pescadería, y los carteles que anunciaban a un grupo de pop ignoraban que la cantante moriría de sobredosis ese mismo año.

Uno de los pasajeros debió de montar un numerito al llegar a la avenida, pero su estatura no le permitía verlo bien. Entonces, justo antes de llegar a su parada, fue cuando escuchó el choque. Primero una bocina, luego un golpe seco, y cristales rotos. Miró con curiosidad, sin adivinar lo que había chocado.

Cuando por fin comprendió lo que estaba mirando, no se lo creyó. Había calculado el tiempo con margen suficiente, y el autobús sólo podía haber tardado cuatro o cinco minutos. Pero el reloj del viejo que estaba a su lado lo confirmaba: las cuatro y media pasadas. La hora de la muerte, recordó, serían las cinco menos veinte. Y la que había visto en la farmacia, y veintinueve.

Debió de quedarse empanado en el asiento un buen rato, porque sólo acertó a bajarse cuando los agentes de tráfico movieron el coche accidentado y el conductor dijo a voces que iba a arrancar. Podría verla por última vez, pensó, pero no tenía fuerzas.

Se quedó mirando a los curiosos que se habían congregado al borde de la calzada, y se dió cuenta de que él mismo debería de estar entre ellos. Sí, ahí estaba, era como mirarse al espejo, pero peinado hacia el otro lado. ¿Y si alguien les veía juntos? Tendría que haber venido disfrazado, pero no se le había ocurrido. Cogió unas gafas de sol de una tienda de recuerdos, y se tapó un poco con la solapa, pero no le pareció suficiente, así que empezó a caminar, alejándose de su gemelo.

-¡Alto ahí, ladrón!

La señora del quiosco le había visto, y le perseguía con cara de pocos amigos. Se dispuso a explicarle que no era un ladrón, y le pagaría lo que hiciera falta por las gafas, pero entonces el cerebro le dió un vuelco, y volvió a estar muy, muy confuso. Cuando se recuperó, estaba otra vez en su casa.

-¿Cómo que una devolución?

-¡Sí, una devolución!. El pasatiempos no está bien calibrado, y quiero exigir que me devuelvan el dinero.

-Pero señor...

-¡Y si no, responderán ante mi abogado, por vender productos defectuosos!

-Pero señor, ha estado aquí esta misma mañana, y ya le he dicho que su Pasatiempos tardará meses en llegar. Aún no hemos empezado a enviar los primeros.

-¡Pero lo tengo, lo tengo aquí mismo!

Y lo sacó del abrigo, con tanto ímpetu que se le escapó de los dedos, y se fue a parar al suelo, donde se hizo pedazos de latón. Aún así, los recogió y, con autoridad, se los colocó en el mostrador a aquella víbora.

-¡Véalo usted misma!

La señorita se limitó a examinar una de las piezas, hasta que encontró una pequeña etiqueta, y se la restregó por las narices.

-¿Podría usted decirme lo que pone aquí?

-Dice "10/feb/2019". ¿A qué viene esto?

-Me temo que tendrá que esperar algún tiempo a poner una demanda, señor. Aceptamos devoluciones hasta diez días después del envío, no veintinueve años antes.

Abandonó Pasatiempos S.A. sintiéndose derrotado. Dicen que sólo se aprecia de verdad algo cuando se pierde, pero perderlo y estar a punto de recuperarlo era definitivamente peor. Y aunque el pasatiempos se había roto, su esperanza volvía a estar de una pieza.

Tal vez por eso no tardó más que unos días en volver a trabajar, y bastante más en reducir su ingesta alcohólica. Ahora en su tiempo libre ya no frecuentaba sucios bares de copas, ni oscuros rincones de la red. Las horas muertas del día las pasaba recorriendo calles con una cinta métrica, escudriñando horarios de autobús, y leyendo testimonios que la policía había recogido el día del accidente.

Leyó varios libros sobre la bujía de Lorentz-Zhung, y cuando se le acabaron, otros tantos artículos de investigación. En una pared de su casa, un plano del barrio con cientos de marcas y anotaciones mostraba todo lo que recordó del día que usó el pasatiempos. En suma, de las 16:29 a las 16:37 de aquel día, nadie sabía más que él.

Sólo faltaba un detalle para poder intentarlo de nuevo: el pasatiempos ©. El antiguo no era de ninguna utilidad, y había intentado encontrar otro por toda la casa, pero no lo había conseguido. También había pensado en comprar otro, y repetir la misma operación, pero después de planearlo siguió sin encontrarlo en casa, así que concluyó que no serviría para nada. Además, no tenía intención de proporcionar un céntimo más a aquel fraude de empresa.

No fue hasta el siguiente 29 de noviembre cuando se le ocurrió el truco. Estaba pensando en dónde más podría hurgar en pos del dichoso cacharro, y tratando de recordar donde lo había encontrado por primera vez, por unos segundos, la memoria le traicionó. Si en un año empezaba a olvidarlo, reflexionó, era posible que no se acordara de nada en treinta.

Por lo tanto, la versión de sí mismo que había puesto la máquina en la enciclopedia debía de ser más joven. Sin embargo, no podía ir a esconderla en 1989 sin haberla recibido antes, a no ser que...

-No, nadie ha subido al tejado en por lo menos dos años. De hecho, el último fue...

-Es igual quien fuera, tú déjame la llave.

-Mejor te abro yo, majo, que es peligroso.

"Mejor te abro yo, majo, que si te tiras no pienso tener nada que ver." era lo que quería decir. En efecto, encontró el pasatiempos en seguida, envuelto en una bolsa de plástico y sujeto a una teja con un par de gomas. Si no lo guardaba con más cuidado, se dijo, era normal que se hubiera roto.

-Ah, ¿has venido a por eso otra vez?

-¿Otra vez?

-Claro. Fuiste tú quien me hizo abrir el tejado la última vez para guardar eso, ¿no te acuerdas? ¿Qué pasa, tienes miedo de que te lo roben?

-Sí, sí, claro. Bueno, -añadió en voz baja,- en realidad el robo de verdad ha sido comprarlo.

Con el pasatiempos y la ropa que había preparado (un abrigo nuevo, sombrero y una braga para taparse la mandíbula), estaba preparado. Repasó el plan una vez más, para comprobar que se lo sabía de memoria, y recordó que tendría que llegar a casa antes de volver al presente, para esconder el pasatiempos donde estaba el aniversario anterior, es decir, tras el tomo de la enciclopedia. Tal vez por eso no lo había encontrado antes, porque no sabía cómo había llegado allí, pensó justo antes de activarlo.

La segunda vez fue igual que la primera, aunque la confusión se despejó un poco antes. Volvió a subir al autobús, se sentó lo más lejos que pudo de su copia anterior, y, con disimulo, ajustó su reloj a la hora del pasatiempos. Esperó pacientemente a llegar a la avenida, y entonces se acercó al conductor.

-Disculpe, ¿me puede abrir cuando se pare?

-Faltaría más, hombre. Tengo que abrir en todas las paradas, pero queda todavía un poco.

-No, no me está entendiendo, digo cuando tenga que parar en el semáforo de ahí.

-¿Ese? No te preocupes, que ese nunca se me cierra.

-Le dijo yo que se le va a poner en rojo.

-Vamos, por favor, en diez años que llevo conduc... ¿Qué? Pero ¿será posible?

Efectivamente, el semáforo había cambiado de color y les cerraba el paso. Si sus cálculos eran correctos, la forma más rápida de llegar era tomar el autobús hasta ese cruce, y, a partir de ahí, correr tan rápido como pudiera.

-Se lo había dicho. Bueno, ¿me deja bajar o qué?

-Pero... pero ¿se puede saber por qué tienes tanta prisa?

-¡Es una urgencia!

A nadie le gustaba que le llevaran la contraria, pero tratándose de un conductor de autobús, había cometido un terrible error.

-Espérate un momento, hijo, que hay una parada ahí al lado.

-No lo entiende, ¡Es un asunto de vida o muerte! ¡Tengo que bajarme!

-¡Es un minuto, por Dios! ¡Que no puedo bajar a todo el mundo donde les dé la gana, coño!

El vehículo se paró, y no vaciló. Tenía que bajarse: era la única oportunidad de llegar a tiempo, y esta vez no iba a desaprovecharla. Se lanzó contra la puerta y forcejeó con ella sin éxito, hasta que el piloto de aquel trasto se levantó de su asiento con cara de mala uva, y le tiró al suelo. Aquél hombre había visto demasiadas películas de boxeadores, pensó mientras se intentaba zafar con todas sus fuerzas. Y entonces, por el rabillo del ojo, vio la hora en la pantallita brillante del techo. ¿Eran y treinta y siete? Imposible, pensó. Eso quería decir que el accidente ya había...

El orangután con carnet de conducir que le había inmovilizado se percató de su rendición, y se puso en pie con la misma facilidad que le había tumbado.

-¿Ya tienes bastante? Pues siéntate, ¡coño!

Volvió a su sitio, pero su cabeza estaba en otra parte. ¿Era posible que hubiera llegado a la misma hora, pero el autobús se hubiera retrasado? A fin de cuentas, era el mismo bus que había tomado la vez anterior. Pero si el mismo evento ocurría simultáneamente antes y después que otro, según el observador, no sólo se estaba cambiando la dirección de las potenciales relaciones de causalidad, ¡se estaba contradiciendo al teorema de Zhung! Y si el autobús podía retrasarse, ¿no era también posible que se adelantara y llegara antes de que...?

El ruido de los cristales rotos lo sacó de su ensimismamiento, y contra su voluntad, sus pupilas enfocaron por tercera vez la misma escena. Nada había cambiado. Ni un detalle, ni una esquirla de vidrio fuera de lugar, ni un murmullo de más o de menos. No podía ser, era imposible, y sin embargo allí estaba de nuevo. Consultó con su reloj: 16:36:46. Por unos segundos, se preguntó si el pasatiempos tenía efectos secundarios. Y luego volvió a mirar el del bus: marcaba las 4:38. Por supuesto, se dijo, sintiéndose más imbécil que nunca. Era el reloj el que adelantaba.

No encontró a nadie en casa, y esconder el pasatiempos fue pan comido. Al salir, el portero le preguntó si no había salido antes. Le dijo que no, pero sabía que era mentira. Debía haber visto salir al que había dejado el pasatiempos en el tejado, y supo que no podía volver a esconderlo en la casa: serían demasiadas personas entrando y saliendo.

Por eso, el año siguiente lo encontró en el interior de un local que llevaba tres años abandonado. Esta vez, el plan era robar un coche, y, si era necesario, saltarse todos los semáforos. Ninguno se paraba cerca, y entonces decidió que robaría una bicicleta. Al final, se tuvo que subir al autobús con un ojo morado. No sirvió para nada. El trayecto fue el mismo, segundo por segundo, palmo por palmo.

El año después de ese, mientras se convencía de que estaba pensando mejor cómo adelantar a sus recuerdos, intentó enfrentarse con el viejo del paso de cebra. Se bajó del autobús el primero, aprovechando el momento de sorpresa de los demás, y cruzó la avenida como una exhalación. Pero el maldito viejo se había movido a la acera contraria, y estaba a la puerta de la comisaría. Sorteando a los coches que bloqueaban la calzada, intentó alcanzarle, sin éxito. Sólo alcanzó a verle la cara cuando ya le habían hecho entrar.

-¡Alto! ¡Esperen! -gritó mientras dos armarios le sujetaban.- ¡Esto no ha terminado!

El viejo se giró, y sin decir nada, le miró. Estaba llorando, o al menos había llorado, porque las arrugas que rodeaban sus ojos estaban rojas. Sólo duró un momento, pero fue suficiente. Aquél hombre no era un criminal, ni había querido nada de aquello. Era un pobre idiota, como él, y el accidente no había sido más que eso, un accidente.

Al principio le preocupó que la policía le retuviera, porque no tendría tiempo de esconder el pasatiempos, pero le soltaron en seguida. No podía ser de otra forma, pensó. En realidad, no podía haber sido de otra forma.

Los años posteriores no pasó nada especial. Se subía al autobús a la misma hora, con disfraces distintos, pero con la misma sensación. Ya sabía qué iba a suceder, porque sucedía todas las veces, y se lo sabía de memoria. Cuando estaba en aquel autobús, tenía la sensación de que todos los relojes se movían al unísono, pero al mismo tiempo estaban parados, y siempre lo habían estado. Detenidos en todos los segundos de todas las horas de todos los días, los relojes le miraban impasibles, y él sólo podía esperar en vano.

No obstante, el tiempo seguía pasando cuando no usaba el pasatiempos, y con los años, lentamente, desistió de evitar el accidente. De hecho, ya no tenía ganas de intentar evitar nada. Cada vez que se sentaba entre las demás versiones de sí mismo, pensaba en levantarse de repente, y saltar por la ventana, o volver a intentar bajarse del bus, o gritar "¡Estáis condenados! ¡Todos condenados! ¡Perdición!". Pero sabía que no podía hacerlo. No podía, porque no podía haberlo hecho.

Por supuesto, podía intentarlo. Quizás se desmayaría el segundo antes de decidirse, y recuperase el conocimiento con el ruido del choque. O tal vez se quedara parálítico de las piernas justo en ese momento, y necesitara un año de rehabilitación para volver poder a andar. O a lo mejor el clon que se sentaba a su lado se lo impedía, porque recordaba cómo se lo impidieron a él. Pero no podía hacer nada, porque no recordaba haber hecho nada. Y nunca lo intentó.

Ahora entendía el teorema de Zhung, que se había aprendido de memoria años atrás, sin tener ni idea de física ni matemáticas. El tiempo era uno solo, independientemente de cuándo se observase. Él ya había "observado" el 29 de noviembre, así que no podía observar otro 29 de noviembre distinto. El pasatiempos, en realidad, no era tan distinto de la ginebra: sólo le permitía volver a vivir sus recuerdos.

Por eso, era imposible evitar el accidente. Cada vez que había usado el pasatiempos, lo había visto todo otra vez, y de cerca. Y aun cuando todas estas ideas desbordaban su cabeza, sabía que los años que había pasado sin ella no volverían.

Por eso empezó a contar. 1, 2, 3, 4...

Contaba los asientos libres, 5, 6, 7, 8, algunos ocupados, 9, 10, 11, e incluso algunos lugares que ocupaban pasajeros de pie. 12, 13, 14...

Y siempre salía lo mismo, 15, 16, porque siempre había salido lo mismo. 17, 18, 19...

Porque no estaba contando los ocupantes del autobús, 20, 21, 22, 23, estaba contando los años que le quedaban, 24, 25, 26, hasta que su penitencia terminase por fin. 27, 28...

Recuperó el conocimiento, como siempre, lentamente. Estaba en su casa, sin el pasatiempos, y con dolor de cabeza. No sabía qué año era. Le daba lo mismo: 2019, 2109, 3019, 17416, todos los años eran iguales para él. Pero entonces recobró la memoria, y supo que ese era el último. Por si acaso, se acercó al calendario y hizo, con algo de esfuerzo, el cálculo preciso. Estaba en lo cierto. Y sabía con exactitud lo que le quedaba por hacer.

Algún día entre aquel y un año más tarde, recibiría un paquete con el pasatiempos, el primero de todos, y también el último. Se subiría, es decir, se había subido al autobús de las 16:29 por última vez, había llorado en secreto, y se había despedido por fin del dichoso artefacto donde lo había encontrado por última vez, enterrado en un alcorque.

Quedaba ginebra, pero sin nada para mezclarla. Al carajo, pensó, y fue a servirse un vaso lleno hasta el último milímetro, cuando llamaron al telefonillo. Le trajeron un paquete, firmó, y antes de abrirlo intentó convencerse de que había comprado algo por internet. No lo consiguió: era el pasatiempos.

No tenía aspecto de nuevo. Quizás era impresión suya, pero parecía tan tosco como el primer día. Con él en una mano y la botella en la otra, se preguntó cuál le había hecho más daño de los dos. No se respondió. Se preguntó entonces si debería esperar un año a hacer el último viaje, para honrar la tradición, o despedirse de ella en aquel mismo instante.

Para empezar, le dió un largo beso a la bebida, y se puso de pie, trastabillando. Miró cuanto líquido quedaba, y decidió que no era suficiente para olvidarse. Nada lo sería, se dijo, porque nada lo había sido. Y apretó el botón por última vez.

Lo primero fue la confusión, pero pasó en seguida. Estaba en el lugar correcto. Mejor dicho, el lugar habitual. Se acercó a la parada de autobús, mirando de reojo el pasatiempos para ajustar su reloj. Eran las 16:15. Volvió a mirar: las cuatro y cuarto. Y cuarenta segundos.

Miró el reloj de la farmacia. Luego otra vez el del pasatiempos. ¿Era posible? Algo le decía que no, pero todo era distinto. La parada estaba vacía. El autobús también lo estaba, casi. El conductor era distinto, y ninguno de los pasajeros se parecía a él. De hecho, no reconocía a ninguno, así que se quitó las gafas y la boina.

Se bajó en la plaza a las 16:23. Lo volvió a mirar: el pasatiempos seguía en sus trece. Adelante, parecía decirle, es tu última oportunidad. La buscó por todas partes, pero no estaba, ni tampoco su coche. Así que trató de calmarse y pensar con la cabeza fría. Por una parte, impedir el accidente debería de ser imposible. Pero todo era imposible. Había esperado veintinueve años para poder estar allí, para llegar media hora antes.

Así que esperó. Miraba con impaciencia su reloj, todos los relojes. Y todos le miraban a él, impasibles. Los minutos pasaron, hasta que por fin vio su coche. ¿Debía hablar con ella? Era lo que más quería en el mundo, pero sabía que no le reconocería. Y si insistía, podría acabar asustándola, y consiguiendo que no se bajase del coche. No, aquello había que hacerlo bien. Mejor detendría al viejo, que tenía mucha menos fuerza que él.

El semáforo cambió, y el coche quedó el primero de la fila. Eran las 16:35:48, y el dichoso viejo seguía sin aparecer. Pero no importaba, se dijo. Había visto aquella escena demasiadas veces, y se la sabía de memoria. No tenía escapatoria: antes de las 16:36:20 tenía que llegar al paso de cebra, fuese como fuese.

De pronto, un escalofrío le recorrió la espalda, y sin motivo alguno, le pareció que estaba cometiendo un error. Pero se recompuso en seguida.

Volvió a comprobarlo: 16:36:14. Quizás iba a cruzarlo desde el otro lado, o a meterse entre los coches. Daba lo mismo, lo alcanzaría en el centro.

Y volvía a tener esa sensación, como si se hubiera dejado el gas abierto y estuviese a punto de recordarlo. Pero no era posible: desde el autobús, el recuerdo del accidente se estaba grabando veintinueve veces.

No, se corrigió, veintiocho veces, porque era el vigésimo octavo aniversario del funesto día del accidente. Pero él había contado veintinueve, todas las veces, y entonces, ¿quién era el que faltaba? ¿Quién era el último pasajero, el vigésimo noveno?

Y entonces, de golpe, en una fracción de instante, lo comprendió todo. Porque en realidad, ya lo había comprendido todo antes, cuando lo había visto, pero no de la forma correcta.

Recordaba como el coche contiguo le había tocado el claxon, y había espabilado demasiado tarde, porque ella había pensado que pitaban a su vehículo. A las 16:36:25, había arrancado, sin más que comprobar de reojo que el semáforo había cambiado. Por supuesto, le había visto, un segundo más tarde, pero los reflejos sólo la habían permitido dar un volantazo a los 27 segundos, y el coche había girado en el sentido contrario, y el camión con el que había chocado no pudo frenar a tiempo.

Horrorizado, había acertado a caminar hasta la otra acera, donde los policías que habían visto todo le habían acompañado adentro. No recordaba las preguntas de los agentes, que no debieron de ser muy importantes, pero recordaba cómo se había visto entrar, sin reconocerse, y decir: ¡Esto no ha terminado!

El pasatiempos se le había caído de las manos temblorosas al entregárselo al comisario, y, al igual que el otro, había estallado en mil pedazos.

Le habían llevado a una celdilla, sin vigilancia, y había intentado mirar su reloj una vez más, pero se lo habían quitado también. El pasatiempos sólo duraría hasta las cinco menos cuarto, y en un último intento de violar el teorema, había llamado a voces a los guardias. Había oído incluso sus pasos, pero no llegaron a tiempo. Él tampoco.

La sede de Pasatiempos S.A. seguía en el mismo edificio. En veintinueve años, habían pasado muchas cosas, pero aquella empresa seguía en su sitio, inamovible, eterna. Un chaval con traje, gomina, y sonrisa de sierpe, intercambiable por cualquier otro, le atendió.

-Quiero pedir un Pasatiempos.

-Estupendo, señor. ¿Es la primera vez que viene? Ah, entonces sólo necesito meter algunos datos en el ordenador. ¿Período de acoplamiento?

-Treinta minutos.

-¿Fecha de destino?

-29 de Noviembre, 1989.

-¿Hora?

-¿Hmm?

-La hora de destino, señor.

-Sí, sí. Las cuatro y veintinueve de la tarde.

Dejó su dirección y pagó, deseoso de marcharse de allí. Antes de salir, el chico le dijo:

-Sabe que sólo es un pedido anticipado, ¿verdad? ¿Está dispuesto a esperar?

Se detuvo, aunque no inmediatamente, pero no se dió la vuelta. Sin decir nada, contó un segundo, dos, tres, cuatro, cada uno irrecuperable, enterrado por los siguientes.

-Sí.